

cando por medio de dilatados raciocinios. Sin embargo, ¡dolor causa el decirlo! todavía es necesario insistir en probar lo que el Autor de la naturaleza ha querido que viésemos y sintiésemos como una iluminación instantánea; todavía hay quien hace fuerza á su propia razón, á los sentimientos más íntimos, para hacerlos deponer contra la existencia del que se los ha otorgado.

Para completar la demostración precedente, la presentaremos de manera que sin mediar esfuerzo de razón ni de imaginación, alcancen á comprenderla las inteligencias más limitadas. Supóngase un vasto campo donde se hallen colocados doce blancos con su numeración respectiva, y que allí son llevados de la mano doce tiradores con los ojos vendados, teniendo cada uno su número correspondiente á uno de los blancos. ¿No sería el mayor de los despropósitos el creer posible que disparando todos á la ventura, el tiro de cada cual fuese á dar por casualidad en el número que le corresponde? ¿quién no ve que es más que probable que repitiendo los disparos por espacio de siglos no se llegaría á obtener que cabalmente á un mismo tiempo, el tirador de número 1 acertase en su blanco de número 1, el de 2 en el número 2. y así sucesivamente? Reflexiónese ahora que no se trata de un campo de algunos centenares de varas, sino de un espacio de millones de leguas, y dedúzcase la imposibilidad de arreglar en él doce cuerpos en una combinación determinada, sin más auxilio que el ciego *acaso*.

Las observaciones presentadas hasta aquí, bastan y sobran para demostrar lo que nos hemos propuesto; sin embargo todavía queremos llevar á más alto punto la evidencia de la verdad. Toda la fuerza del argumento presentado estribaba en que se hubiese de encontrar en el espacio una determinada combinación de doce cuerpos, siquiera por un solo instante, y sin que se supiese que habían de continuar en la misma, ó bien en un movimiento arreglado sometido á reglas fijas, lo que ciertamente es todavía más difícil de alcanzarse por una simple casualidad.

Dando pues que la deseada combinación se encontrase, entonces preguntaremos: ¿por qué los cuerpos habían de continuar en ella, y lo que es aun más admirable, prosiguiendo en un movimiento perenne, sin desviarse jamás de una ley fija y constante? ¿Al acaso, al ciego acaso, á esa palabra que nada significa, deberán atribuirse también las admirables leyes que rigen el movimiento del universo? En viendo una combinación por ligera que sea, un artefacto por sencillo que se presente, preguntamos instintivamente, sin reflexionar: ¿quién lo ha hecho? ¿quién lo ha inventado? La casualidad no se ofrece siquiera á nuestra mente como un recurso para explicar la causa del artefacto; porque la casualidad es nada, y la nada no produce nada. Donde hay un ser hay razón suficiente de su existencia, donde hay artefacto hay artífice, donde hay combinación hay inteligencia.

¡Casualidad, un mundo donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos á la ley de la razón directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios sectores áreas proporcionales á los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado á representar el movimiento de un sistema; ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precisión rigurosa?

Acabamos de ver que el solo arreglo del sistema planetario es un palpable absurdo, si se le encomienda á la casualidad: y sin embargo este sistema con todo su grandor, es nada comparado con el universo. Las estrellas fijas observadas hasta el presente no bajan de *cient millones*; y para

formarse alguna idea de esta inmensidad basta recordar que según los cálculos astronómicos, distan de nosotros lo que la imaginación no puede concebir. Observadas con telescopios que aumentan hasta 200 veces el tamaño del objeto, no se nota diferencia en su magnitud, y sólo se presentan como puntos luminosos: ¿cuánta no será una distancia sobre la cual nada significa el que se la haga doscientas veces menor? ¿Qué serán aquellos cuerpos? ¿serán centros de otros tantos sistemas planetarios semejantes al en que vivimos? ¿Qué habrá en aquellas regiones en que los soles son á nuestros ojos y á nuestros instrumentos, puntos casi invisibles, donde las distancias de millones de leguas se convierten en espacios de pocas pulgadas? El entendimiento se abruma bajo el peso de tanta inmensidad: la imaginación se fatiga, y el espíritu se abate y anonada bajo la omnipotencia del Autor de tantas maravillas.—*J. B.*

CARTA SÉPTIMA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: mucho me complace lo que V. se sirve insinuarme en su última de que si bien mis reflexiones no han podido decidirle todavía á salir de esa postración de espíritu que se llama *escepticismo*, al menos han logrado convencerle de un hecho que V. consideraba poco menos que imposible; esto es, que fuese dable aliar la fe católica con la indulgente y compasiva tolerancia con respecto á los que profesan otra diferente, ó no tienen ninguna. Bien se conoce que V., á pesar de haber sido educado en el catolicismo, se ha dejado imbuir demasiado en las preocupaciones de los impíos y de algunos protestantes, que se han empeñado en pintarnos como furias salidas del averno que únicamente respiramos fuego y sangre. V. me da las gracias porque «sufro con paciente calma las

dudas, la incertidumbre, las variaciones de su espíritu:» en esto no hago más que cumplir con mi deber, obrando conforme á lo que prescribe nuestra sacrosanta religión; la cual da tan alta importancia á la salvación de una alma, que si toda una vida se consagrarse á la conversión de una sola, y esto se consiguiese, deberían tenerse por bien empleados los trabajos más penosos.

Mis profundas convicciones, ó hablando más cristianamente, la gracia del Señor, me tienen firmemente adherido á la fe católica; pero esto no me impide el conocer un poco el estado actual de las ideas, y la diferencia de situaciones en que se encuentran los espíritus. Un escéptico me inspira una viva compasión, porque desgraciadamente son muchas, en los tiempos que corren, las causas que pueden conducir á la pérdida de la fe; y así es que al encontrarme con alguno de esos infortunados, no digo nunca con orgullo *non sum sicut unus ex istis*, «no soy como uno de estos.» El verdadero fiel que está profundamente penetrado de la gracia que Dios le dispensa, conservándole adherido á la religión católica, lejos de ensoberbecerse ha de levantar humildemente el corazón á Dios, exclamando de todas veras: *Domine, propitius esto mihi peccatori*: «Señor, tened misericordia de este pecador.»

Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios, y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religión, sino que además de los motivos de credibilidad, se necesita la gracia del cielo; á más de los argumentos dirigidos al entendimiento, es menester una *pia moción de la voluntad, pia motio voluntatis*; y confieso ingenuamente, que nunca entendí bien semejante doctrina, y que para comprenderla me fué necesario dejar aquellas mansiones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy varias y en contacto con toda clase de hombres. Entonces conocí perfectamente, sentí con mucha viveza, cuán grande es el beneficio que dis-

pensa Dios á los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe sólo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad; sólo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido encontrarme con hombres, que á mi parecer, veían como yo las razones que militan en favor de nuestra religión; y sin embargo yo creía, y ellos nó; ¿de dónde esto? me preguntaba á mí mismo: y no sabía darme otra razón, sino exclamar: *miseriordia Domini quia non sumus consumpti.*

Con este preámbulo conocerá V., mi querido amigo, que sus dudas no han debido cogermé de improviso, ni ocasionádome aquel estremecimiento que naturalmente me causaran si no hubiese tenido á la vista las reflexiones que preceden; bien que de paso me permitirá V. que no apruebe la dura invectiva á que se abandona contra las personas intolerantes. ¿Sabe V. que en sus palabras se hace culpable de intolerancia y que un hombre no llega á ser perfectamente tolerante sino cuando tolera la misma intolerancia? Pongámonos por Dios de buena fe, y no miremos las cosas con espíritu de parcialidad. Me hace V. el favor de decirme que «ya me conceptuaba con bastante conocimiento del mundo para no imitar el ejemplo de aquellas personas que no pueden suportar la menor palabra contra su fe, y que constituyéndose desde luego los heraldos de la divina justicia, no aciertan sino á mentar la hora de la muerte, el infierno, y que acaban por romper bruscamente con quien ha tenido la imprudencia ó poca cautela de franquearles su espíritu.» Refiéreme V. la historieta de aquel buen eclesiástico que antes le distinguía á V. con particulares muestras de aprecio y de amistad, y que se horrorizó de tal suerte al saber que trataba con un incrédulo que fué preciso cortar toda clase de relaciones. Paréceme, mi querido amigo, que en las propias palabras de V. encuentro yo la apología de la persona á quien tanto V. inculpa; y á los ojos de quien mire las cosas con verdadera imparcialidad no se le hará tan extraña

semejante conducta. «Era, dice V. mismo, un joven de conducta irreprochable, de costumbres severas, de un celo ardiente; pero tenía la desgracia de no haber tratado jamás sino con personas devotas, de no haber manejado otros libros que los del seminario, y apenas le parecía posible que circularan en el mundo otras doctrinas, que las que se le habían enseñado por espacio de algunos años en el colegio de donde acababa de salir. Tuve la imprudencia de responder con una burlona sonrisa á una de sus observaciones sobre un punto delicado, y desde entonces quedé perdido sin remedio en su opinión.» Y bien, V. se queja en substancia, de que aquel joven no tuviese hábitos de tolerancia; ¿dónde quería V. que los hubiese aprendido? El espíritu de aquel hombre, ¿podía estar dispuesto para el ataque, que contra sus creencias se permitió su contrincante, con la significativa sonrisa? ¿No es demasiado exigente quien pide serenidad á un hombre que quizás por primera vez mira combatido ó despreciado lo que él considera como más santo y augusto?

Es grave desacuerdo y además una solemne injusticia, el inculpar la conducta de quien guiado por un entendimiento convencido y un corazón recto, se porta cual por necesidad debe portarse, atendida la educación é instrucción que ha recibido, y las circunstancias que le han rodeado en todo el curso de su vida. Nuestro espíritu se forma y se modifica bajo la influencia de mil causas, y á ellas es preciso atender cuando se quiere formar exacto juicio sobre la situación en que se encuentra, y el sendero que probablemente haya de seguir. Lo demás es empeñarse en violentar las cosas, sacándolas de su quicio. ¿Pretendería V. que un misionero encanecido en su santa carrera, tenga el mismo modo de mirar los objetos que cuando salió de los estudios? ¿no fuera esta una pretensión extraña? es cierto que sí; pues no menos lo sería el exigirle ya en su primera juventud el mismo comportamiento que le han enseñado largos años de trabajos apóstólicos en lejanos y variados países.

Es poco menos que imposible sin larga práctica del mundo, saber colocarse en el puesto de los otros, haciéndose cargo de las razones que los impelen á pensar ú obrar de esta ó aquella manera; y es mucho más difícil en materias religiosas, refiriéndose éstas á lo que hay de más íntimo en el alma del hombre: cuando estamos vivamente poseídos de una idea, se nos hace inconcebible que los demás puedan mirar con indiferencia lo que nosotros contemplamos como lo más importante en esta vida y en la venidera. Por cuyo motivo, no hay asunto que más á propósito sea para exaltar el ánimo; y es de aquí que las guerras que se han hecho á título de religión, han sido siempre muy obstinadas y sangrientas. Quisiera yo que de estas reflexiones se penetrasen los que á roso y veloso, como suele decirse, hablan contra la intolerancia; pues que de esta suerte no sucediera tan á menudo que hombres en extremo intolerantes en todo lo que concierne á la religión, no quieran sufrir la intolerancia con que á su vez les corresponden las personas religiosas.

Bien comprenderá V., mi querido amigo, que no deseo yo prevaleirme de estas reflexiones para mostrarme intolerante; pues que si me he extendido algún tanto sobre el particular ha sido con la idea de desvanecer la prevención con que por algunos es mirada la intolerancia de ciertas gentes, resultando que se estiman en menos personas por otra parte muy dignas de aprecio.

Me habla V. de la dificultad de entendernos, siendo tan opuestas nuestras ideas, y habiendo sido tan diferente nuestro tenor de vida: es bien posible que dicha dificultad exista; sin embargo por lo que á mí toca no alcanzo á verla. ¿Creería V. que hasta llego á comprender muy bien esa situación de espíritu en que se fluctúa entre la verdad y el error, en que el espíritu sediento de verdad se encuentra sumido en la desesperación por la impotencia de encontrarla? Imagínanse algunos que la fe está refiada con un claro conocimiento de las dificultades que contra ella pueden ofrecerse al espíritu, y que es imposi-

ble creer desde el momento que en él penetran las razones que en otros producen la duda; no es así, mi querido amigo: hombres hay que creen de todas veras, que humillan su entendimiento en obsequio de la fe con la misma docilidad que hacerlo puede el más sencillo de los fieles, y que sin embargo comprenden perfectamente lo que pasa en el alma del incrédulo, y que asisten por decirlo así á sus actos interiores, como si los estuvieran presenciando.

Es una ilusión el pensar que no se puede tener idea clara de un estado sin haber pasado por él, y que no alcanza á comprender un cierto orden de ideas y de sentimientos sino quien haya participado de ellos. Si así fuese, ¿dónde estarían los escritores capaces de inventar en literatura? Mucho se siente que no se consiente; y cuando no se llega á sentir, hay la imaginación que en muchos casos suple por el sentimiento. Nosotros los cristianos podemos traer á este propósito las tentaciones, materia que si á V. no le parece muy filosófica, no dejará de interesarle su aplicación. Leemos en las vidas de los Santos, que Dios permitía que les asaltase el demonio con pensamientos y deseos tan contrarios á las virtudes que ellos con más ardor practicaban, que les era necesario llamar en su auxilio toda su confianza en la misericordia divina para no creerse abandonados del cielo, y culpables de los mismos pecados que más detestaban en el fondo de su alma. Cuando tan violenta era la acometida que les hacía concebir temores de haber sucumbido, cuando tan vivas eran las imágenes con que á su fantasía se presentaban los objetos malos que á pesar de la aversión que les profesaban, se los hacían tomar como una realidad, bien se concibe que no dejarían aquellas santas almas de comprender el estado de un hombre que se hallase encenagado en los mismos vicios. Esto que allá, en los primeros años de su edad, habrá V. leído en alguno de aquellos libros que no debían escasear en el colegio, le hará conocer cómo nosotros que ni por asomo podemos lisonjearnos de santos, habremos sentido una y mil veces

germinar en nuestra alma algunas de las innumerables miserias intelectuales y morales de que adolece la triste humanidad; y que siendo una de estas el escepticismo, fuera muy raro que no se hubiese presentado á las puertas de nuestra alma como huésped de mal agüero. Cerradas las conserva el verdadero fiel, y ayudado de los auxilios de la gracia, desafía á todas las potestades del infierno á que las rompan si pueden; pero acontece entonces lo que nos dice el apóstol S. Pedro: «anda dando vueltas el diablo como león rugiente buscando á quién devorar.» Créalo V., mi estimado amigo: *resistiéndole fuertemente con la fe*, no ha podido mordernos, pero conocemos bien su rugido.

Sobre todo en el siglo en que vivimos, es poco menos que imposible que esto no suceda á los hombres que por una ú otra causa se hallan en contacto con él. Ora cae en las manos un libro lleno de razones especiosas y de reflexiones picantes; ora se oyen en la conversación algunas observaciones en apariencia juiciosas y atinadas, y que á primera vista parece que hacen vacilar los sólidos cimientos sobre que descansa la verdad; tal vez se fatiga el espíritu y se siente como sobrecogido por una especie de tedio, desfalleciendo algunos momentos en la continua lucha que se ve forzado á sostener contra infinitos errores; tal vez al dar una ojeada sobre la falta de fe que se nota en el mundo, sobre la muchedumbre de religiones, sobre los secretos de la naturaleza, sobre la nada del hombre, sobre las tinieblas de lo pasado, y los arcanos de lo venidero, desfilan por la mente pensamientos terribles. Angustiosos instantes en que el corazón se inunda de cruel amargura, en que un negro velo parece tenderse sobre cuanto nos rodea, en que el espíritu agobiado por el aciago fantasma que le abrumba, no sabe á dónde volverse, ni le queda otro recurso que levantar los ojos al cielo, y clamar: *Domine, salva nos, perimus*. «Señor, salvadnos, que perecemos.»

Así permite el Señor que sean probados los suyos, y

hace más meritoria la fe de sus discípulos; así les enseña que para creer no basta haber estudiado la religión, sino que es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Mucho fuera de desear que de esta verdad se convenciesen los que se imaginan que no hay aquí otra cosa que una mera cuestión de ciencia, y que para nada entran las bondades del Altísimo. ¿Sabe V., mi querido amigo, lo primero que debe hacer un católico cuando le viene á la mano algún incrédulo en cuya conversión se proponga trabajar? Cree V. sin duda que se han de revolver los apologistas de la religión, recorrer los apuntes propios sobre las materias más graves, consultar sabios de primer orden, en una palabra, pertrecharse de argumentos como un soldado de armas. Conviene en verdad, no descuidar el prevenirse para lo que en la discusión se pueda ofrecer; pero ante todo, antes de exponer las razones al incrédulo, lo que debe hacerse es orar por él. Dígame V., ¿quién ha hecho más conversiones, los sabios, ó los santos? San Francisco de Sales no compuso ninguna obra que bajo el aspecto de la polémica se llegue á la Historia de las variaciones de Bossuet; y yo dudo sin embargo que las conversiones á que esta obra dió lugar, á pesar de ser tantas, alcancen ni de mucho á las que se debieron á la angélica unción del santo Obispo de Ginebra.

Por ahí puede V. conocer, mi querido amigo, que no las há con lo que suele llamarse un disputador, ni un ergotista; y que por más que aprecie en su justo valor la ciencia, y particularmente la eclesiástica, tengo muy grabada en el fondo del alma la saludable verdad, de que los caminos de Dios son incomprensibles al hombre, de que es en vano confiar en la ciencia sola, y que algo más que ella se necesita para conservar y restaurar la fe.

Pedia V. tolerancia y tolerancia le ofrezco, la más amplia que encontró jamás en hombre alguno; se arredraba V. por la dificultad que había de mediar en entendernos; y no dudo que con mis aclaraciones se le habrá desvanecido semejante recelo; como no temo tampoco que se figu-

re V. en adelante que le haya yo de salir al paso con lo que apellida, *argumentos valederos para personas ya convenidas, y sutilezas de escuela*. Si V. pues se sirve continuar proponiéndome las principales dificultades que le impiden volver á la religión que comienza á echar menos, á los pocos años de perdida, yo procuraré responderle como mejor alcanzare; pero sin pretender ninguna palma si quedare V. satisfecho, ni darme por abochornado si continuare en su incredulidad.

Cuando se combate contra los enemigos de la religión, que sólo buscan medios de atacarla, valiéndose de cuanto les sugiere la astucia y la mala fe, entonces la disputa puede tomar el carácter de un combate en regla; pero cuando tiene uno la fortuna de encontrarse con hombres que si bien han tenido la desgracia de perder la fe, desean no obstante volver á ella, y buscan de corazón los motivos que puedan conducirlos á la misma, entonces el hacer alarde de la ciencia, el mostrar espíritu de disputa, el pretender el laurel del vencimiento, es un insoportable abuso de los dones de Dios, es un completo olvido de los caminos que, según nos ha manifestado, se complace el Señor en seguir, es sacar á plaza el orgullo, es decir, el enemigo declarado de todo bien, y el más grave obstáculo para que puedan aprovecharse las más felices disposiciones.

Si se hace de la disputa religiosa un asunto de amor propio, ¿cómo podemos prometernos que la gracia del Señor fecundará nuestras palabras? Los apóstoles convirtieron el mundo, y eran unos pobres pescadores; pero no confiaban en la sabiduría humana, ni en la elocuencia aprendida en las escuelas, sino en la omnipotencia de Aquel que dijo: «*hágase la luz, y la luz fué hecha*.» Bien comprenderá V. que no por esto desprecio la ciencia; el mejor medio de conservarla y ennoblecerla es señalarle sus límites no permitiéndole el desvanecimiento del orgullo.

Esa *impotencia* para creer de que V. se lamenta no debe confundirse con la *imposibilidad*; es una flaqueza, una pos-

ración de espíritu, que desaparecerá el día que al Señor te pluguiere decir al *paralítico*: «*Levántate, y camina por el sendero de la verdad*.»

Entretanto yo oraré por V.; y si bien el estado de su espíritu no es muy á propósito para hacer lo mismo, sin embargo todavía me atreveré á decirle, que ore V.; que invoque al Dios de sus padres, cuyo santo nombre aprendió á pronunciar desde la cuna, y que le suplique le conceda llegar al conocimiento de la verdad. Quizás, ¡oh pensamiento de horror! quizás pensará V. ¿cómo puedo llamar á Dios, si en ciertos momentos, abatido por el escepticismo, hasta siento flaquear mi única convicción, y no estoy bien seguro ni de su existencia?..... No importa: haga V. un esfuerzo para invocarle; él se le aparecerá, yo se lo aseguro: imite V. al hombre que habiendo caído en una profunda sima, no sabiendo si es capaz de oírle persona humana, esfuerza no obstante la voz clamando auxilio. Cuente V. con el entrañable afecto y la consideración de este S. S. Q. B. S. M. — J. B.